

PROSISTAS CANARIOS CLAUSTROFOBIA (Cuento)

Daniel se había despertado de repente, y ahora se encontraba sobresaltado, dominado por una inesperada y creciente inquietud. Aquella noche no se había acostado a la hora de costumbre. Lo habitual en él era darse a la lectura hasta las primeras horas de la madrugada, pero en esta ocasión el cansancio del ajetreo diario le había empujado a la cama demasiado temprano.

Hacia rato ya que Daniel se esforzaba en vano por volver a conciliar el sueño. Había frotado suave, acariciadoramente, sus ojos, pero éstos, impasibles a la caricia, se obstinaban cada vez más en mantenerse abiertos. Y ni siquiera su postura preferida de boca abajo, repetida una y otra vez, le daba el resultado apetecido.

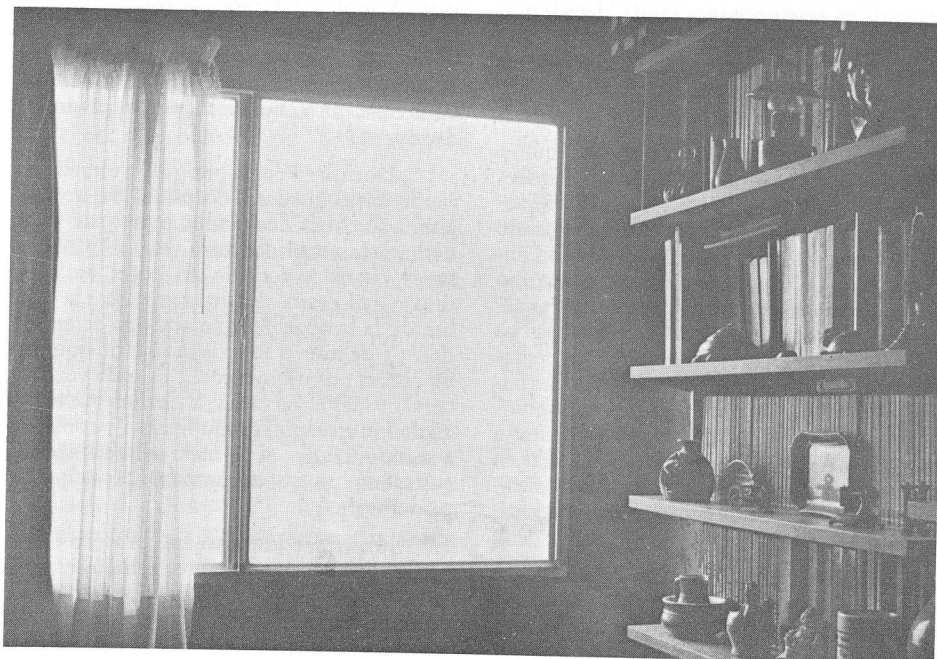
Nervioso, profundamente alterado, se veía ya, durante el resto de la noche, dando vueltas y más vueltas en la cama. De pronto, dejó de imaginarse la penosa noche que le aguardaba porque aquel ligero escozor, que comenzaba a sentir requería ahora toda su atención. "Seguro que es el jodido orzuelo", pensó. Y apenas transcurridos unos segundos, se encontró ante el espejo del cuarto de baño, observando lo legañoso que se hallaba su ojo izquierdo y la hinchazón rojiza que coloreaba su párpado inferior. "¿Por qué me habré despertado así, de golpe?", se preguntó, mientras limpiaba su párpado enfermo con un trozo de algodón humedecido en agua.

Despreocupado ya del malestar de su ojo, seguía ante el espejo, buscando ahora el porqué de aquel rostro desencajado que tenía ante sí. Por unos momentos clavó fijamente sus ojos en los del espejo. Fue enton-

ces cuando recordó la acalorada discusión que había sostenido con Juan por la tarde, cuando finalizaba su trabajo. Y se dijo que ya estaba, que lo que lo tenía así no era otra cosa que los puñeteros nervios que había cogido por la tarde, y que si se hubiese desahogado diciéndole a aquel cretino todo lo que debía haberle dicho, no los tendría ahora allí dentro, haciéndole la puñeta.

Daniel volvió a acostarse: convencido de haber encontrado el verdadero motivo de su repentino despertar y, sobre todo, confiado en que muy pronto se desvanecería aquel manojito de nervios que le oprimía el pecho. Era cuestión, se decía, de no desorbitar las cosas, de simplemente relajarse, de tranquilizarse...

Pero pasaban los minutos, lentos, ruidosamente tictcados por el reloj de su mesilla de noche, y no conseguía calmarse. "¿Qué carajo me pasa ahora?", se preguntó machaconamente, rozando ya los linderos de la histeria. Y su angustia aumentaba por momentos, porque ahora cada vez se le hacía más difícil respirar honda y acompasadamente, porque sentía cada vez más fuerte la presión de aquel nudo que le estrechaba la garganta, porque apenas le llegaba el aire... Y encima, aquella oscuridad... ¡Ya no podía soportar aquella oscuridad! Y seguro que su dormitorio era pequeño, y que a cada instante que pasaba se hacía más pequeño. Sabía que la ventana estaba entreabierta pero a él no le llegaba el aire. Y ya su garganta estaba a punto de cerrarse. Y ya casi no podía respirar... ¡Tenía que salir de allí como fuese! ¡Se asfixiaba!...



- D. CATALAN: *La Flor de la Marañuela (Romancero General de las Islas Canarias)*. Madrid 1969. Gredos.
— *El Español en Canarias*, en PRESENTE Y FUTURO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1964.
— *El Español Canario entre Europa y América*, en Bol. de Filol. 19 (1960), p. 317 ss.
- L. y A. MILLARES CUBAS: *Cómo hablan los canarios* (Refundición del LEXICO EN GRAN CANARIA), Las Palmas, 1932.
- M.L. WAGNER: *Nota bibliográfica sobre el LEXICO DE GRAN CAÑARIA de L. y A. Millares*, en Rev. de Fil. Esp., XII (1925), p. 78 ss.
- P. GUERRA NAVARRO: *Continuación al Léxico Popular de Gran Canaria* (contiene el LEXICO). Intr. de J. Pérez Vidal y escritos de Manuel Santiago sobre el autor), Ayunt. de S. Bartolomé de Tirajana, 1977 (Hay otra edición en Madrid, 1965).
- E. MILLARES: *Frases y Refranjes Canarios*, Las Palmas, 1981.
- J. PEREZ VIDAL: *Fichas para un vocabulario canario*, en Rev. de Hist. de La Laguna, t. XI.
- J. PEREZ VIDAL: *Portuguesismos en el español de Canarias*, en El Museo Canario, 9 (1944).
- P. GUILLEN DEL CASTILLO: *Algunos arcaísmos de los subsistentes en el léxico popular canario*, en Museo Canario I (1960). p. 159 ss.
- A. MALARET: *Diccionario de americanismos*, Madrid, 1944.
- A. ARMAS AYALA: *Pequeño vocabulario de voces canarias*, en Rev. de Dial. y Trad. Populares, I (1944).
- J. ALVAR DELGADO: *Teide. Ensayo de Filología Canaria*. La Laguna, 1945. CSIC.
- A. MARTÍ: *Así habla la isla*. Santa Cruz de Tenerife, 1975.
- A. ZAMORA VICENTE: *Dialectología Española*. Madrid, 1970, Gredos.
- A. ZAMORA VICENTE: *El habla de Mérida y sus cercanías*, Madrid, 1943.
- J. COROMINAS: *Diccionario Crítico Etimológico*, Madrid, 1954 - 7, 4 vol. Gredos.

BIBLIOGRAFIA SOBRE LA LENGUA ABORIGEN

- D. WÖLF: *Monumenta Linguae Canariae*. Graz, 1965.
- J. ALVAREZ DELGADO: *Miscelánea Guanche. I Beneabore*, E. de Ling. Canaria. La Laguna, 1947.
- J. ALVAREZ DELGADO: *Antropónimos en Canarias*, en Anuario de Est. Atlánticos, Madrid-Las Palmas, 1956, n.º 2, p. 311-456, Casa de Colón.
- J. ALVAREZ DELGADO: *Antropónimos Indígenas Canarios*. Las Palmas, 1978.
- MAX STEPHEN: *Lexicología Canaria*, en Rev. de Hist. de La Laguna, XI (1945), p. 130 ss. y XIV (1948), p. 137 ss. y XXII (1956), p. 53 ss.
- S. ROHLFS: *Contribución al estudio de los guanchismos en las Islas Canarias*, en Rev. de Fil. Esp. t. 38 (1954), p. 83 ss.
- A. CUBILLO: *Nuevo Análisis de algunas palabras guanches* (Estudio crítico), Las Palmas, 1980. Col. Guanche.
- A. M.^a MANRIQUE: *Estudio sobre el Lenguaje de los primitivos canarios* (Estudio crítico). Las Palmas, 1980, Col. Guanche.
- HUPALUPA: *Diccionario Español-Guanche*. La Laguna, 1980 (de escaso valor para el guanche).
- B. PEREZ PEREZ: *Topónimos Tinerfeños* (Aportación a la Monumenta Linguae Canariae). H. Nowak, Burgfried-Verlag, Jallein (Austria), 1981.
- F. NAVARRO ARTELES: *Teberite*. Diccionario de la Lengua aborigen canaria, Las Palmas, 1981, Edircia.

Se vistió a toda prisa: maldiciendo su claustrofobia, que él había dado por superada, pero que ahora, más posesiva que nunca, volvía inesperadamente a adueñarse de todo su ser; reviviendo los angustiosos momentos pasados en aquel W. C. de París, en aquel camarote durante el viaje a Cádiz, en aquel ascensor en Tomás Morales... que no querían abrirse.

Por unos segundos pensó que todo se arreglaría sin necesidad de salir, que le sería suficiente con tranquilizarse un poco, con asomarse al balcón y que la brisa de la noche le llegase a la cara; pero la ansiedad de verse libre de unas habitaciones sin aire, que se encogían amenazadoras, y el saber que en escasos momentos podría estar en la calle, caminando por espacios abiertos, sin paredes ni techos, le impulsaron a salir precipitadamente de su casa.

Apenas un minuto le separaba del aire fresco de la calle. Sólo tenía que poner en marcha el coche y luego accionar el dispositivo de la puerta del garaje. Ahora aquella ansiedad se había apoderado por completo de él, y estaba a punto de estallar incontrolada. “¡Buenas noches, don Daniel! ¿De paseo a estas horas?”. No. No podía detenerse ahora. Y dio marcha atrás a su coche. “¡Sí! ¡De paseo!” contestó al vigilante del garaje, respirando hondo, ahogando el deseo de gritar, al tiempo que dirigía aceleradamente su coche hacia la salida.

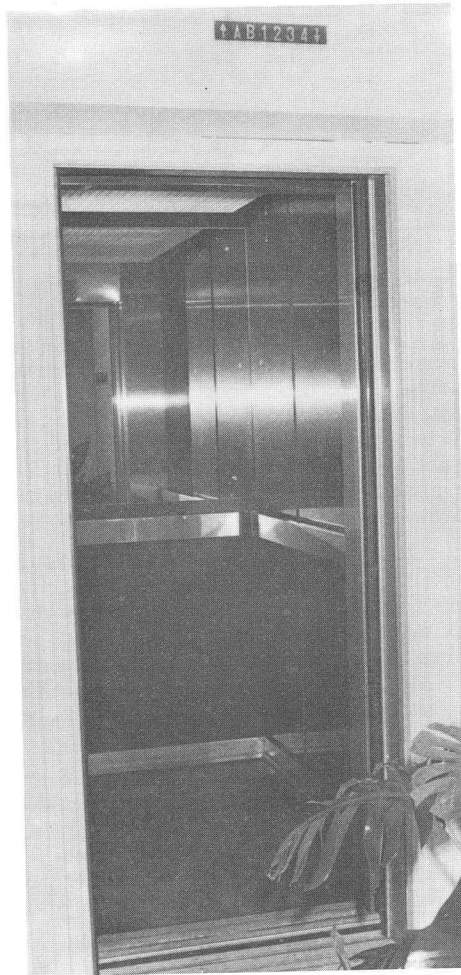
La ligera brisa de la madrugada le acariciaba el cabello, la cara, el pecho al descubierto. Sentía, gozoso, cómo aquel nudo que estrechaba su garganta cedía poco a poco, cómo sus pulmones se estiraban y encogían, al borde ya de alcanzar su habitual ritmo, y, sobre todo, cómo le invadía una placentera calma...

Circulaba sin rumbo fijo: León y Castillo... Tomás Morales... Todo estaba desierto. Aquel sector de la ciudad dormía. Y tomó la dirección de El Puerto.

A Daniel no le importaba que fuesen las tres y diez de la madrugada. Sólo deseaba encontrar a algún conocido, contarle la causa de su extemporánea salida, decirle que ya estaba completamente tranquilo, que volvía a ser el de siempre... Y no, no iba a sentirse ridículo, porque a cualquiera podría pasarle lo que a él...

Eran muy pocas las personas que a aquellas horas deambulaban por los alrededores del Parque de Santa Catalina, y aquella calma aumentó la suya. Entonces se dio cuenta que ya no necesitaba hablar con nadie. Ahora le bastaba con contemplar cómo aquel taxista fumaba tranquilo mientras escuchaba la radio en su coche; con oír la risa feliz de aquella pareja que caminaba lentamente por Ripoche, besándose cada dos pasos; con imaginar que aquellos dos hombres, que se deseaban las buenas noches, a escasos metros de él, no podían albergar en sus mentes otra idea que no fuera la de encaminarse a sus casas y acostarse lo más rápidamente posible.

Daniel no se lo pensó más. Le esperaba su casa que ahora se le antojaba más acogedora que nunca. Y se subió a su coche, pensando únicamente en entregarse, volup-



tuoso, a las y escasas horas que le quedaban de sueño.

Al llegar al garaje explicó, con la sonrisa en los labios, al vigilante lo que para él había sido una anécdota más. En realidad, comentándola ahora, era como para reírse: su respuesta ahogada y corta, el acelerón del coche, la cara de asombro de Luis, el vigilante...

Entró en su casa, sonriente todavía, muy seguro de sí mismo, totalmente relajado. Y se acostó rápido, porque había decidido no pensar en nada, olvidar por unas horas todo lo que le había ocurrido, y en aquel instante lo mejor era meterse sin titubeos en la cama, buscar la postura cómoda y dormir...

¿Dormir? Pero, ¿por qué le estaba costando tanto quedarse dormido? Seguro que ahora se había desvelado, o ¿es que había demasiada oscuridad otra vez?... “¡las cuatro y cuarto y cuarto y todavía sin pegar ojo!”, se dijo, ya molesto, dando la espalda a la débil luz de la lamparilla, que acababa de encender. ¡Y de nuevo aquella inquietud que sentía crecer por momentos!... Y cada vez se le cerraba más la garganta. Y de nuevo le volvía a faltar el aire... ¿Tranquilizarse? ¿Cómo iba a tranquilizarse, si de nada le había servido su salida, si se encontraba peor que al principio!

Su primer impulso fue el de volver a vestirse y salir. Y ya se abrochaba desesperadamente la camisa, cuando pensó que a aquella hora no habría nadie en la calle, y se vio ridículo, caminando solo, con su pro-

blema de aquella noche a cuestas. Además, ¡qué carajo iba a decirle al vigilante del garaje, si ya oía su burlona y estruendosa carcajada, que sería coreada por todos los vecinos, que acabaría por despertar a toda la ciudad!...

Y Daniel se hizo la promesa de no lanzarse por segunda vez a la calle. El salvaría el escollo allí mismo, en su casa. Aunque las paredes y el techo siguiesen encongiéndose, aunque acabasen convirtiendo su vivienda en un estrecho nicho, ¡él se quedaría allí dentro!

Con la respiración entrecortada, empujando las paredes del pasillo, llegó a su biblioteca. “¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?”. Y le martilleaba en su cerebro una y otra vez aquella misma frase, mientras buscaba con ansiedad un libro de relatos, algo de fácil lectura... En sus manos cayó aquel libro de cuentos de Chejov que ya había leído hacía algún tiempo. “¡Qué importa! ¡Chejov me gusta!” pensó, encaminando sus pasos hasta el sofá. La sola idea de verse enfrascado en la lectura parecía haber atenuado bastante su angustiosa situación.

Cuando se tendió, cómodo, en el sofá, advirtió que la bola de nervios que le roía las entrañas se deshacía como por encanto, y que su respiración llevaba el camino de normalizarse. Y ya no tuvo que esforzarse demasiado por centrar su atención en aquellas páginas de Chejov, pues su mente se introducía ligera, sin obstáculo alguno, en la vida mísera de “Los campesinos”. Ahora sólo le interesaban los avatares del venido a menos Nicolás Chikildieyev que, en compañía de su esposa Olga y de su hija Sacha, abandonaba definitivamente Moscú, decrepito, enfermo y pobre, para vivir sus últimos días en la aldea de Jukov.

Le habían bastado unas pocas páginas de lectura para encontrarse totalmente calmado. “¡Qué imbécil he sido!” se dijo, apartando por un momento la vista del libro, y cayendo en la cuenta de que la solución estaba en quedarse en su casa y en leer... en leer algo que le distrajera... ¡Así de sencillo! Y es más, ya no le angustiaba el pensar que aquella tonta situación se repitiese cualquier noche, porque él sabría cómo sortearla, porque él sabría cómo hacerla añicos. Hasta se atrevía ahora a cerrar la ventana: sus pulmones ya no necesitaban aquellas bocanadas de aire frío que invadían su casa... ¡Y es que se sentía triunfante, vencedor!

“Aguantaré un poco más”, pensó, deseando terminar aquel relato de Chejov. Pero, ¿cómo soportar ya la pesadez de aquellos párpados y sobre todo el bostezo de aquel cuerpo, que se rendía por momentos ante la idea de entregarse a un sueño profundo y reparador?

La claridad de la mañana sorprendió a Daniel tendido en el sofá. Al ver a su lado el libro de Chejov, aquel atontamiento que había sentido al despertar, se convirtió pronto en abierta sonrisa. Y cuando se afeitaba, observó, alegre, cómo aquel rostro que le devolvía el espejo, preludiva el estallido de una prolongada y ruidosa carcajada.

JOSE EVORA MOLINA